

quita el olor del primer licor que las echaron, así las niñas son conforme la leche de la primera doctrina que mamaron en las instrucciones que las dieron. Esto mismo sucede con los libros: las niñas que leen buenos libros, son buenas y salen instruidas; y las que leen libros malos ó de mero pasatiempo, se hacen malas ó poco juiciosas en sus acciones, producciones y discursos.

Justa. Por eso no quiere mi mamá que vaya yo á la casa de una vecina que tiene otras niñas de mi tiempo, y no piensan mas que en cantar, bailar y estarse mirando al espejo todo el dia, componiéndose y leyendo comedias, novelitas, romances y otros semejantes libros.

Maestra. Pues ahí tiene vd. la causa del poco juicio que en todo manifiestan. Yo aseguro á vd. que si fuera otra su instruccion y leyeran otros libros, de distinto modo se portarian.

Directora. En eso se observa una corrupcion casi general, así en grandes como en pequeños; porque, en efecto, ¿quién podrá menos de pensar y creer que ahora se está cumpliendo la profecía del Apóstol, que decia escribiendo á su discípulo Timoteo: “tiempo vendrá en que los hombres no podrán sufrir la doctrina sana, y que por un prurito grande de oír lo que lisonjea á su gusto, er-

“currirán á una multitud de doctores propios para “satisfacer sus deseos, y cerrando los oídos á la “verdad, los abrirán á los cuentos y á las fábulas.” Este tiempo ya llegó, *Maestra*: se está cumpliendo el oráculo: la impiedad se ha quitado la máscara, anda á cara descubierta, saltó todas las barreras, y por desgracia nuestra se halla apoderada del campo; así como por el contrario, la virtud no se atreve á presentarse y anda á sombra de tejado. Me estremezco cuando viendo esto me acuerdo de lo que profetizaba San Júdas en su Epístola canónica: “En los últimos tiempos, dice, vendrán gentes “que no tendrán otro Dios que el interes y la lujuria, “despreciarán toda superioridad, y blasfemarán “de cuanto no entiendan.” No puede darse cosa mas parecida á estos en que vivimos y á lo que vemos generalmente practicado por esa multitud de impíos, libertinos y descatozados, que empezando, como dice el Angel de las Escuelas, por impuros y llegando al último grado de deshonestos, no hallan otro medio para librarse de los remordimientos de conciencia, y ponerse una venda en los ojos de la consideracion, que negarlo todo y de este modo precipitarse en el abismo de su eterna perdicion.

Maestra. No hay duda: la lectura de esos li-

bro, que adulan nuestro depravado gusto y que halagan nuestras pasiones, es la causa principalísima del descatozamiento de tantos jóvenes como por desgracia vemos desde su tierna edad abandonados y sin esperanza de enmienda. ¡Qué distinta fuera su conducta, si á libros de esa clase antepusieran los de la sana doctrina y sólida instrucción! La lástima es que tambien se ha estendido esta corrupcion á las de nuestra clase, y lo peor de todo que hasta las mismas niñas en su temprana edad tienen la cabeza llena de pasages, aventuras, requiebros, frases y toda clase de pensamientos amorosos.

Severa. Señorita, vea vd. una cosa que no me gusta á mí; en acordándome yo que es mentira todo aquello que están leyendo, ya no tengo paciencia para oirlo.

Maestra. Mucho es para vd. que no haya entrado en la moda de todas esas niñas vanas, loquillas é infatuadas.

Justa. Como oyeran leer el Año Cristiano, que mi señor padre nos lee todas las noches, y las cosas tan buenas que tiene para los domingos, no habian de ser tan locas como son.

Directora. Esa es una excelente costumbre para la educacion de la familia: gracias á Dios que

la vemos practicada entre gente principal, y yo puedo asegurar á vd. de muchas familias de la primera distincion de México que no dejan pasar dia alguno sin rezar el santo rosario y leer el Año Cristiano.

Maestra. Seguramente que las reflexiones que allí se hacen, no pueden mejorarse ni en los conceptos ni en el estilo; es á quanto puede llegar, y quanto puede apetecerse.

Engracia. Tambien leen estas cosas tan buenas en mi casa, y nos da luego tanto gusto estar hablando y pensando en ellas. . . .

Directora. Eso es consiguiente: nuestra imaginacion, entendimiento y memoria, son en esto semejantes á los molinos; muelen siempre lo que les echan: si trigo, trigo; si cebada, cebada. Si leemos ó hablamos cosas buenas, se nos representan cosas buenas; si malas, malas: por eso han de procurar vds. que sean buenos todos los libros que lean y las personas con quienes traten.

Severa. Pero como nosotras no sabemos cuales son buenos y cuales son malos, no podemos hacer eso que vd. dice.

Prudencia. Por eso se lo pregunto yo á mi mamá antes de leer ninguno.

Directora. Ya tiene vd. dada la respuesta á

su duda por Prudencia. Si lo hace vd. así, hasta que por sí misma pueda discernir los buenos y malos libros, se librará vd. de errar: antes de leer libro alguno, pregunte vd. á sus padres, á su señora maestra ó á su confesor, que es lo mas acertado; si es bueno ó es malo; con eso procederá vd. con seguridad en cosa de tanta importancia, procurando tambien hacerse, conforme vd. pueda, con aquellos que son mejores.

Justa. Por eso voy yo juntando cuanto puedo para comprar libritos buenos; ya tengo el Ejercicio Cotidiano con unas estampitas muy lindas, las Meditaciones del V. P. Fr. Luis de Granada, la Guia de pecadores, y Diferencia entre lo temporal y eterno.

Maestra. Ese es el principal acopio que han de hacer vds., y en que se han de esmerar cuando puedan. Háganse vds. con buenos libros: los buenos libros son hermanos carnales de los buenos modales, y de las buenas costumbres; nuestros humores son siempre análogos á los alimentos que tomamos, y las ideas y acciones del hombre conformes á los libros que se leen.

Justa. Por eso serán así aquellas muchachas de enfrente de mi casa, que en todo el día no ha-

cen otra cosa que divertirse, y estarse asomadas las horas enteras á la ventana.

Severa. Yo tambien las conozco, señorita; no saben mas que hacer burla de todos los que pasan. El domingo iba yo con Clarita al sermón de la Profesa, pero en cuanto nos vieron pasar, comenzaron á silbarnos y á decimos: *allí van las santurrónas.*

Maestra. Yo aseguro que en ese caso no dejaría vd. de hacer alguna cosa conforme á su genio.

Severa. Yo no las hice nada, señorita.

Clarita. Las dijo, que si ella era santurróna, ellas eran unas escandalosas y desvergonzadas.

Maestra. Siempre presumí yo, que lejos de llevarlo vd. en paciencia, saltaría como granizo en albarda.

Severa. Señorita, yo no me metía con ellas, que bien en paz íbamos Clarita y yo por nuestra calle adelante; ellas empezaron la quimera; y me habia de estar yo con la boca pegada á los labios? donde las dan, las toman.

Maestra. Sea vd. mas comedida en sus espreiones, y acuérdesese vd. que está vd. delante de su maestra: en caso ninguno se debe hablar mal á otro: la prudencia debe estar siempre de parte de la buena crianza. En ese y en otros semejan-

tes el desprecio de la proposicion y el silencio, son la retórica mas fina, y respuesta mas bien dada; todas estas máximas se grabarán indeleblemente en el corazon de vds. leyendo buenos libros.

Severa. Señorita, con algunas personas, no digo yo que no; pero con otras es un pecado mortal hacerlas bien ninguno. Bien me decia mi abuelita el otro día: haz bien y guárdate; ó como dice el refran, haz bien y te pagarán á coes.

Maestra. Esa proposicion de vd. es una máxima mundana, contraria al espíritu de caridad cristiana, que no debe seguirse de modo alguno. El sufrimiento en las injurias y desprecios que se nos hacen, es una virtud que nos enseñó el Salvador Divino, de palabra y con sus ejemplos. Los libros, los libros buenos, repito á vds. una y mil veces, harán á vds. felices, y las librarán de todos los sentimientos y disgustos que los malos padecen y reciben por no saberse conducir con paciencia y con humildad.

Directora. Vamos, basta de visita por hoy, que es tardecito.

Niñas. Señorita, ¿vendrá vd. mañana?

Directora. Sí, si Dios quiere.

Niñas. Si Dios quiere, si Dios quiere.

Cándida. Señorita, antes que vd. se marche,

vea vd. un libro de un moro que tiene la negrita.

Directora. Vea vd. que libro es ese, Maestra.

Maestra. Es el libro de oro, ó la humildad en práctica.

Directora. Ese es un libro apreciableísimo, digno de leerse y de meditarse: es un compendio de toda la doctrina del Evangelio: si hiciéramos lo que él enseña, seríamos santos.

Negrita. Señodita, mi mare tié las paticas de pié de perra (tenia esta niña cuatro años).

Directora. Criatura ¡cómo dice vd. eso!

Clarita. Dice que su madre tiene las pláticas del padre Parra.

Directora. Yo me alegro, me alegro; dígale vd. que las lea en este libro todos las noches. Ese sí que tiene cosas buenas.

Clarita. Dice mi madre que las que leen cosas malas, aunque parezca que saben algo, no saben nada.

Severa. Y mi abuela que son como la luz de la pajuela, que todo lo que luce, huele á azufre.

Directora. Y yo la digo á vd., que si no se enmienda en lo áspero y desabrido de su genio, olerá muy mal á todos hasta morir: vd. y todas han de procurar cuanto puedan, ser suaves de condicion y humildes de corazon. Agrado, afabilidad,

en una palabra, caridad en todo y con todos. Todas las virtudes son buenas; pero la caridad es reina de ellas. Cuidado con lo dicho, señoritas, ¿lo han entendido vds.?

Niñas. Si señorita.

Directora. A Dios.

Niñas. Con Dios.

